

Siesta

LA ALFONSO SINA



Siesta

El ganado sesteá á la sombra de los charros y carrascas que pueblan el monte; el sol de Agosto se deshace en lluvia de fuego sobre las peñas; palomas torcaces y tórtolas se arrullan en torno de sus nidos á medio fabricar; las perdices cantan amores, persiguiéndose entre los tomillos resecos; la fuente destila el chorro de sus aguas en la ancha taza de piedra ceñida por espadañas y por juncos, y el pastor dormita junto á la fuente con el báculo entre las piernas y el mastín á los pies.

Aquel monte, donde la planta humana entra raras veces, es el reino indisputado del

solitario guardián de ovejas; allí está un día y otro, silencioso, esquivo, escuchando el canto de las aves, el monótono correr de la fuente, el murmullo del aire al quebrarse sobre las hojas, el melancólico balar del ganado. La aurora le sorprende despierto; el crepúsculo de la tarde á punto de dormir; el calor y el frío tocan, sin penetrarla, su piel rugosa y dura; una canción de ritmo salvaje brota á las veces por sus labios y sus ojos inexpresivos sólo se alegran al oír el paso del chicuelo que todas las semanas sube á traerle los siete panes de dos libras y las cuatro pesetas que constituyen su jornal.

El pastor no baja al pueblo nunca. Ni tiene mujer, ni hijos, ni familia. Amigos, uno: el perro que le ayuda á guardar las reses y á comer los mendrugos y á defenderse de los lobos. El pastor habla con su amo cuando éste llega al monte y le dirige la palabra. Habla con él durante el esquila; mientras ganaderos y marchantes platican, retírase á un lado y permanece sólo dirigiéndoles miradas donde lucen relámpagos de desprecio y de odio.

Cuando se sienta sobre una roca, confundiendo con la roca las entonaciones pardas de su traje, y con el traje las entonaciones morenas de su cutis, parece estatua tallada

en piedra viva; la misma estatua, puesta en movimiento, cuando embraza el cayado y echa á andar animando á las ovejas con un ¡Ohe! brusco y á su mastín con un silbido. Si el lobo muerde en él ó en el perro, con igual machacadura de hierbas montaraces cura las carnes desgarradas del uno y del otro.

Nada quiere; nada desea; nada pide. En las noches claras contempla las estrellas del cielo; en las oscuras las sombras del espacio.

Llegaos á él cuando dormita junto á la fuente; tocadle en el hombro, y al volver hacia vosotros su cara inexpresiva y dura, decidle:

«¿Por qué estás solo siempre? ¿No deseas vivir como los otros hombres? ¿No apeteces su trato? ¿No echas de menos la compañía suya?...»

Preguntádselo y os responderá.

«Aquí vine desde muy pequeño: no levantaba lo que el corderillo que trisca por aquellos breñales. Aquí he crecido entre mis ovejas. Mientras no salí de aquí me consideré el más dichoso de los hombres. Una fuente para apagar mi sed; un árbol para refugiarme á su sombra; un pedazo de pan seguro; unos cuantos reales que no sabía en qué consu-

mir; un peñasco para reclinar la cabeza durante el sueño, y un perro que me acariciaba de día y me custodiaba de noche. ¿Era posible que nadie tuviese en el mundo cosa tan buena?

Una tarde bajé al pueblo y allí ví que mi amo poseía una casa grande, muy grande, con muchas sillas y muchos cuartos; y una cama muy blanca y un pan más blanco que la cama; supe que otros pastores ganaban mayor jornal que yo; y sentí envidia; y pensé que era muy triste y muy..., vamos, muy malo que otros se divirtiesen más que yo y fueran más que yo, y comiesen más bien que yo. Luego tropecé con una muchacha y la cortejé y me dijo que sí; y un hombre, un rico, me quitó, ¡me deshonró! la novia; porque quise vengarme me metieron en la cárcel del pueblo y me dieron de palos; y sentí odio; y el odio es una cosa que le pone á uno con ganas de morder como á los lobos cuando tienen hambre... Sentí odio y ganas de acabar á cayadazos con todos los que me hacían mal, á mí, que no se lo había hecho á nadie.

«Esto me ha ocurrido por bajar al pueblo... Y no bajaré otra vez; no bajaré nunca mientras vengan á decirme que los amos pueden darnos pan negro y comerlo ellos blanco;

que los ricos pueden quitarnos las novias y perderlas y meternos en la cárcel y matarnos á palos si nos quejamos, y no consentimos en darles gusto.

No; no bajaré nunca. Para ver eso y saber eso, bien estoy aquí, con mi perro y con mis ovejas y con los lobos que, al fin y á la postre sólo hacen daño cuando tienen hambre... ¡Solo! Solo se está mejor.»

Os contestará así y os volverá la espalda, yendo á sentarse junto á la fuente como una protesta muda, como una queja petrificada, como un geroglífico, donde pueden leerse los primeros balbuceos del inmenso grito con que una humanidad, sacrificada por otra humanidad, reclama justicia.

Allí lo veréis siempre, en las horas del mediodía

Allí está el pastor, junto á la fuente, que destila el chorro de sus aguas sobre la ancha taza, ceñida de espadañas y juncos, mientras el ganado sesteá á la sombra de chaparros y carrascales, y el sol de Agosto se deshace en lluvia de fuego sobre las peñas, y palomas torcaces y tórtolas se arrullan en torno de sus nidos á medio fabricar, y las perdices cantan sus amores, persiguiéndose entre los tomillos resecos. Allí está él, solo, esperando que llegue el momento en que vengan á de-

circulo que no hay diferencias entre los hombres; que todos son hermanos; que el trato con ellos no puede despertar ambiciones, ni odios, ni celos, ni envidias. Allí está el solitario guardián de ovejas, sentado sobre una roca, confundiendo con la roca las entonaciones pardas de su traje, y con su traje las entonaciones morenas de su cutis. Allí está dormitando junto á la fuente, con el cayado entre las piernas y el mastín á los pies...

Turbia



Turbia

El cielo estaba cubierto de nubes plomizas; el agua caía á torrentes sobre las montañas; doblaban su ramaje los árboles, doblaban hierbas y verduras sus tallos al choque de la brutal ducha atmosférica; era más imponente el rumor lejano de las cascadas, más fría la temperatura, más que nunca melancólico el aspecto del valle. Las peñas negras, humedecidas por el chaparrón, brillaban como sillares de ébano, las peñas rojas como pulimentos de jaspe. Ni un pájaro cruzaba los aires; ni un insecto el espacio, ni una criatura humana las sendas. Un silencio triste extendíase por todas partes: solamente

se oía el cuchicheo de la lluvia al hundirse en la tierra.

Así había transcurrido toda la noche; así transcurrieron, luego de amanecer, cuatro horas mortales, que yo conté perezosamente desde un sillón próximo á las vidrieras de mi celda.

Cesó la lluvia: un viento fuerte y revolucionario embistió las nubes, empujándolas hacia el Norte, partiéndolas en jirones, dispersándolas, derrotándolas y abriendo paso al sol, que saludando á la tierra con un espléndido arco iris, tuvo la bondad de acariciarme con sus rayos.

Abrí los balcones; y apoyándome contra la baranda de madera, dirigí la vista hacia el campo.

Todo había cambiado con la fulgurante visita del sol. Árboles y hierbas erguían sus ramas y sus tallos, donde las gotas de agua brillaban como diamantes de maravillosas facetas; las peñas negras despedían reflejos de acero empavonado; las rojas, destellos de rubí; las aves, luego de sacudir sus alas, lanzábanse al espacio, entonando cánticos alegres, retozones gorjeos; los insectos zumbaban en el aire; hombres y mujeres caminaban por los senderos; la tierra despedía un vaho color rosa, un fuerte olor de fecundidad, y la es-

pléndida vegetación del valle relucía como una piocha de esmeraldas...

El rumor de las cascadas me hizo encaminar hacia ellas la vista. ¡Y cual fué mi asombro al contemplarlas caer de entre los peñascos, no como purísimo cortinaje repujado de espumas blancas, como torrente de sangre salpicado de burbujas rojas!

¡Turbia!... ¡Turbia!, gritaban los chiquillos, corriendo precipitadamente hacia los diversos caminos que conducen al valle. ¡Turbia!

Impresionado por el espectáculo que ofrecían desde lejos las caídas de agua quise contemplarlo de cerca y eché á correr con los chiquillos.

Los que hayan visto el Piedra en los días de primavera y de verano, cuando sus aguas, transparentes, descubren, con los más insignificantes detalles, el fondo de su cauce y las palpitaciones de su marcha; los que le hayan visto rodar sobre las peñas y erizarse en penachos de nieve y caer por las amenazadoras cortaduras como un gigante de cristal, no le hubiesen conocido entonces, como no le hubieran conocido tampoco los que vienen á Piedra en invierno para ver al río inmóvil, prisionero en su cauce, y contemplado tristemente por los árboles sin hojas que extienden hacia él sus brazos desnudos; no

le hubiesen conocido los que, en tal época se dirigen hacia al río en busca de cascadas convertidas en fantásticas catedrales de hielos, de los torrentes paralizados, por cuyos remates llora el agua con gotas anchas su entumecedora quietud... No le hubieran conocido, no.

El Piedra era, cuando mis pupilas absorbas lo vieron, un río de sangre.

La corriente, arrastrando en su desbordamiento las tierras rojas que á un lado y otro de ella existen, las había absorbido, impregnándose de matices bermejos para marchar entre las desiguales orillas, como la sangre por los bordes de una herida recién abierta.

Saltando en burbujas sobre las peñas, perdiéndose en hilos finísimos entre las verduras, salpicando gotas espesas contra los juncos, saliendo con chorro inatajable de las fuentes, formando en los remansos coágulos y en los bordes de la ribera vertiginosos borbotones rojizos, era sangría suelta, algo así como si la tierra acabara de librar un combate á muerte con algún monstruo, y herida por cien golpes á un tiempo, agonizase perdiendo sangre, toda su sangre, que, al brotar por las arterias rotas, teñía con purpúreas entonaciones su cuerpo de gigante vencido.

Corriente de sangre, sangría suelta era el Piedra entonces; sangría que iluminaba el sol con sus rayos de fuego erizando las espumas bermejas, abriantando ondas y remansos, convirtiendo los caudales de agua enrojecida en torrentes de oro que se fundía junto al borde de las cascadas para desplomarse con magestuoso derroche sobre las tazas de granito.

Río de sangre era, pero de sangre generosa vertida por la madre tierra para fecundar campos, y fortalecer gérmenes y nutrir raíces; caudal rojo que causaba placer en vez de producir repugnancia, porque llevaba la sublime misión de perpetuar la vida de la Naturaleza.

De ahí que los niños lo saludaron con sus carcajadas inocentes y el padre de la luz con sus rayos...

Beso de fuego



Beso de fuego

Semejaba el sol gigantesca hoguera invertida volcando sobre la tierra chorros de luz; la tierra era un rescoldo que despedía asfixiante calor; las nubes, refugiadas en el fondo del horizonte, para remontarse lo más lejos posible del celeste volcán, iluminábanse de tiempo en tiempo, con resplandores cárdenos y zig-zags rojizos. Ni un pájaro cortaba la incendiada atmósfera con su vuelo, ni una bestia los sedientos campos con su marcha. Erguíanse las mieses con metálica rigidez, como planchas de oro, sin que un golpe de viento las hiciera oscilar: el viento mismo, no pudiendo sustraerse al letargo experimen-

tado por la Naturaleza en aquella mañana de Junio, permanecía inmóvil.

Todo reposaba, buscando en el reposo lenitivo contra el calor: las bestias en sus guaridas, el aire en sí propio, las aves sobre los imperceptibles sombrajos del surco, las nubes tras el abanico colosal de los montes...

Todo reposaba... Es decir, todo no. Allá, lejos, entre las mieses, brutalmente recortada por la franja azul del medio día, mirábase á unas siluetas negras ir y venir con vaivén continuo. Vistas á distancia parecían un grupo de reses mordiendo la paja madura. Vistas de cerca parecían lo que eran: un grupo de hombres y mujeres encorvados; una cuadrilla de segadores.

A tal hora, cuando buscaban sombra hasta los reptiles, buscaban los segadores su pan, segando pan para otros. En la extensa planicie, falta de árboles y de arroyos, el humano grupo esgrimía sus hoces cercenando las rubias espigas que caían á un lado y otro de los surcos como trasquilada cabellera de una Ceres gigante. Esgrimían las hoces, recibiendo sobre sus cabezas el planazo asesino del sol y aireando sus pulmones con polvillo de paja envuelto en ráfagas de lumbre. Saltaba el sudor en gotas anchas y calientes de las cabezas tocadas con sombreros de pleita;

escurriase como un chorro de lava por los rostros mugrientos, surcándolos de churretes lustrosos; teñía de sucia y mal oliente humedad camisa y corpiños, y cuando algunas manos, luego de llenarse, al restregar en ellas, con el sudor que inundaba las frentes, lo sacudía, golpeaba el sudor los tallos resecos como una lluvia de rocío; rocío fabricado con sangre humana, á cuyo contacto solo podían prosperar gérmenes de odio.

Allí estaban aquellas mujeres y aquellos hombres jadeando al igual de hostigadas reses, rechupándose labios y carrillos para traer saliva á las bocas; dejando al sol cocer su cuerpo en la obscura pringue exudada por ellos; encorvando el espinazo para dimitir la actitud humana y adquirir la actitud bestial; trabajando en silencio, sin cantos alegradores del trabajo, sin risas, sin palabras, sin otro acompañamiento que el «ras» seco de la hoz cortando las espigas que caían á un lado y otro de los surcos como trasquilada cabellera de una Ceres gigante.

Allí estaban alineados, pasivos, ganando un puñadillo de cuartos negros y un mendrugo de pan más negro que los cuartos; allí estaban desde el amanecer, moviendo sus músculos con uniforme movimiento de máquina; infelices víctimas de dos verdugos in-

placables, el sol que los consumía desde el cielo y el egoísmo social que los estrujaba en la tierra.

Allí estaban, en aquel asfixiante día de Junio, trabajando ellos solos, mientras la Naturaleza entera se entregaba al reposo, desde las bestias replegadas en sus guaridas, hasta el aire replegado en sí mismo; desde las aves dormidas tras los imperceptibles sombreros del surco, hasta las nubes perapetadas tras el abanico colosal de los montes. ¡Y ellos eran hombres!...

¡Pobres hombres! ¡Pobres mujeres!... Venían de muy lejos, prefiriendo morir de asfixia á morir de hambre; para lograr su triste propósito trabajaban de sol á sol, con pasividad uniforme de máquina, esgrimiendo sus hoces, chorreando sudor, respirando polvo caliente, silenciosos, encorvados, sin cantares, sin palabras, sin risas, esperando acaso con mesiánica mansedumbre la llegada de un redentor que les hiciera libres...

Doce campanadas lentas, muy lentas, como si la iglesia del pueblo tuviese gusto en prolongar el martirio de los segadores, llegaron á la extensa planicie. Los segadores soltaron las hoces de golpe y de golpe se pusieron también en pie. ¡Las doce! ¡A comer!... gritó una voz enronquecida por el cansancio;

y, todos juntos, hombres y mujeres, emprendieron la marcha hacia la casuca inmediata.

Dije todos y dije mal. No fueron todos juntos.

Como distraídos, haciéndose los remolones, retrasáronse una moza y un mozo. Los dos eran fuertes, sanos, robustos. La moza tendría quince años, el mozo veinte. Ella con el sombrero echado hacia atrás, las negras crenchas del pelo apelotonadas sobre la frente y las mejillas, encendido el rostro, dilatadas las narices, entreabierto la boca, y desabrochado el corpiño, que descubría el nacimiento del seno cubierto de sudor, sonreía al mozo. Él, sudando también con sudor que trascendía á fuerza y á fecundidad, dilatado el pecho á impulsos de su respiración varonil, y embellecida la churretosa cara por el deseo y por el cariño avanzó hacia la moza.

¡Seis horas sin hablar!... —gritó el mozo. —¡Ya era hora!... Es mucho aguardar «pa» un querer como el nuestro. ¡Ven «pa» acá, Manuela!

Y tendió á la joven sus dos brazos abiertos.

¡Tienes razón, Manuel! —respondió la muchacha, dejándose caer en los brazos del hombre. —¡Ya era hora!

Y en aquella planicie donde el sol, pareci-

do á una inmensa hoguera, vaciaba chorros de luz y el íncuo trabajo de la servidumbre había vertido chorros de sudor, sonó un beso fecundo.

¡Quién sabe si de aquel beso arrancado al fuego del amor, beso dado y recibido entre una atmósfera de fuego también saldría hecho carne el evangelio del porvenir, el Cristo que condujese á la victoria aquella raza de trabajadores cocida por el sol y esclavizada por la miseria.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFUNSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Nidos huérfanos



Nidos huérfanos

En la rama más baja del árbol, apoyándose contra hojas verdes que se entreabren para recibir los besos de la primavera, se descubre un nido. Plumas, espartos, hiervas secas, rebujos de lana, componen aquel hogar de aves, á un mismo tiempo lecho nupcial y cuna, donde reposan media docena de huevecillos faltos del materno calor.

Al pie del árbol, caído boca arriba, con las alas abiertas y el pico salpicado de sangre, hay un pájaro, tal vez la hembra, muerto de un tiro. Su compañero, el que poco tiempo antes repartía con él los goces del amor y las delicias de la paternidad, revoloteaba en-

tonces en torno de las ramas, piando dolorosamente.

Hombres y mujeres, chiquillos y chicuelas pasaban delante de aquel drama sin atenderlo, sin tener una frase de lástima para el infeliz pajarillo asesinado al pie de su casa, sin dirigir una mirada de compasión al otro pajarillo, al viudo, que suspiraba con melodiosos trinos la muerte de su hembra.

Después de todo, ¿por qué había de importarle y de conmoverles aquello? Cada uno iba á lo suyo. Los viejos y las viejas á pasear entre flores sus almas apergaminadas donde brotaban los recuerdos al contacto del sol, como brotan los caracteres, escritos con tinta simpática al contacto del fuego; las parejas jóvenes, á hablarse tiernamente con los labios, á besarse millones de veces con los ojos; los chiquillos á respirar luz, á beber oxígeno, á hacer de su alegre inocencia una música de risotadas y del porvenir un juguete; los gastrónomos, á proclamar congesivamente el triunfo de la gula; los enamorados, el apetito brutal de la pasión; los desengañados, el encogimiento de hombros y de sus almas; los llenos de esperanza, el alegre latir de sus corazones contra el pecho, y el cándido relampaguear de la inexperiencia en sus ojos.

¿A qué iban á fijarse en el nido huérfano, en el pájaro asesinado y en el cantor viudo? El viaje humano en esta tierra es largo y penoso. Apenas si cada caminante tiene tiempo de mirar por sí. El que procura por los demás anda expuesto á que los mismos por quienes procura le estropeen de un empujón.

Yo estaba solo y triste, triste probablemente porque estaba solo ó porque mis nervios, al relacionarse con el ambiente, habían dado en vibrar con tristeza. Acaso, y sin acaso, tristezas y alegrías son cuestión de nervios; tal vez un poco de bromuro bien administrado podría matar muchas que hemos decidido llamar penas incurables del alma.

En fin, yo estaba solo y triste.

Indudablemente, por eso me fijé en el cuadro que ofrecían el pájaro muerto y el vivo, y los huevecillos que se recostaban contra el nido faltos de calor.

Un tiro disparado al azar fué suficiente á destruir toda una ventura presente; todo un porvenir oculto en media docena de huevecillos.

La madre muerta no volvería á calentar con el amoroso fuego de su sangre la misteriosa formación de sus hijos; el padre, falto de hembra, dejaría de pjar tristemente en torno del nido, para abandonarlo, y abrir las

alas y buscar por los espacios azules, por las verdes ramas, acariciadas por los aires primaverales, otra compañera y otro nido.

Yo pensaba esto, y pensaba por una, no diré angustiada pero sí pérfida relación de ideas, en un nido humano, formado, como los pájaros forman el suyo, sin previa bendición sacerdotal, sin banquete cursivamente prolongador de venturas largo tiempo esperadas.

¡Pobre nido, que una mujer y un hombre formaron con cuatro sillas, un lecho humilde, tibios rayos de sol que entraban por la cristalería de una reja, y cálidos rayos de amor que salían del corazón de ella para filtrarse en el corazón de él, y del corazón de él para entrar en el de ella!

Duraste poco. La hembra murió, aunque todavía sigue andando viva por el mundo; murió para el macho, de un tiro que las traiciones de ella dispararon sobre ella misma, trocándola, de imagen noble, pura y leal, en algo peor que un cadáver, en una mujer como otra cualquiera, por la pérdida de la cual ni dolor podía sentirse.

Murió al pie del nido donde se cobijaron como huevecillos hermanos caricias y promesas, esperanzas y juramentos. Murió al pie del nido; murió, perdiéndose en el recodo de una calle, dejando el recuerdo de la ven-

tura deshecha, caído con ella en los rincones de humilde cuartito y los sueños del porvenir faltos del calor que ella les prestaba y ella ayudaba á conservar.

Murió; y el nido fué deshaciéndose poco á poco, como cuerpo falto de vida que se pudre, mientras el macho pasaba y repasaba frente á él, llorando hacia adentro, sin lágrimas visibles, por la hembra muerta para él y todavía viva para el mundo.

Nido deshecho el que yo ví en el campo; nido deshecho el que construyeron en la ciudad una mujer y un hombre. ¿Quién puede fijarse en vosotros y en el drama que vosotros representáis?

Nadie. Y hacen bien todos en no fijarse.

¿Por qué han de hacerlo ellos, si el pájaro vivo abandonará á la hembra muerta y á los huevecillos nonnatos, para buscar nueva compañera? ¿Por qué han de recordaros los otros, si dentro de poco él tampoco os recordará?

A imagen suya, el hombre y la mujer, muertos uno para otro, labrarán nuevos nidos para satisfacer el ansia inagotable que sienten en la Naturaleza los seres todos por reproducirse y amar.